

Piketty, Thomas (2022). Una breve historia de la igualdad. Paidós, Ciudad Autónoma de Buenos Aires, 296 páginas

Agustín Prol¹

“Una breve historia de la igualdad” es el nuevo ensayo del economista Thomas Piketty. El autor mantiene una importante influencia tanto en el mundo académico como político. En el libro retoma sus trabajos publicados anteriormente donde, sin perder calidad académica, desarrolla una lectura clara y sencilla. Se trata de un trabajo donde resalta las victorias en materia de igualdad, recordando que las mismas fueron posibles gracias a las luchas llevadas adelante a lo largo de los años. A su vez, esboza diferentes propuestas para pensar los desafíos actuales.

Si bien se trata de un trabajo centrado principalmente en el análisis de los países centrales, hace hincapié en las desigualdades internacionales y la responsabilidad histórica y política de estos para con los países periféricos.

En la introducción, Piketty comienza afirmando que existe una evolución tendencial a lo largo de la historia hacia una mayor igualdad social, económica y política por lo menos desde finales del siglo XVIII. Sin embargo, aclara rápidamente que no se trata de una historia pacífica ni tampoco lineal. Por el contrario, serán las revoluciones, las guerras y revueltas o las crisis económicas y financieras los momentos claves en los que se cristalizan los conflictos sociales y se redefinen las relaciones de poder. Ahora bien, el autor entiende que si bien la redefinición de las relaciones de poder es una condición necesaria para derrocar los poderes desigualitarios no son suficientes en sí mismas. Nada garantiza que las instituciones y poderes que las sustituyan sean tan igualitarios y emancipadores como se les espera. Por ello, descuidar el papel de las luchas por el poder es un error histórico tanto como lo es sacralizarlo y descuidar la importancia de las soluciones políticas. Señala a su vez, que su argumentación será posible gracias a los numerosos estudios y trabajos internacionales que han renovado la investigación en historia económica y social.

En el primer capítulo, bajo el nombre de "El camino hacia la igualdad: primeros hitos", Thomas Piketty comienza señalando los importantes avances en la salud y educación del mundo (importante alza en la esperanza de vida y en el acceso a la

Recibido: 6 de febrero de 2023 ~ Aceptado: 7 de noviembre de 2023 ~ Publicado: 30 de noviembre de 2023

¹ Maestrando en Integración Latinoamericana (Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales, UNLP). Licenciado en Sociología (Facultad de Ciencias Sociales, UBA). Investigador en el Instituto de Estudios de América Latina y el Caribe (IEALC), CABA, Argentina. Correo electrónico: prol.agustin@gmail.com 
<https://orcid.org/0000-0001-7860-745X>



educación y la cultura) principalmente durante el siglo XX por la expansión del Estado social y la fiscalidad progresiva. A continuación, luego de indicar las importantes transformaciones tanto en la renta media como en las poblaciones debido a su multiplicación por más de diez veces desde el siglo XVIII, se centra en la importancia política de la elección de los indicadores socioeconómicos para el análisis. El autor considera que, para captar cambios tan radicales en los estilos de vida, ningún indicador unidimensional es suficiente. Por lo tanto, es necesario adoptar enfoques multidimensionales que tengan en cuenta los cambios en el acceso a bienes concretos como la educación, la salud, la alimentación, la ropa, la vivienda, el transporte, la cultura, etc. En ese sentido les otorga relevancia a los indicadores medioambientales, ya que afirma que no solo es fundamental tener en cuenta que el aumento generalizado de la población, la producción y la renta desde el siglo XVIII se ha logrado a costa de la sobreexplotación de los recursos naturales del planeta, sino también es necesario preguntarse sobre la sostenibilidad de dicho proceso. Por ello, considera necesario utilizar indicadores que expresen la depreciación del capital (tanto equipos y maquinarias, como el capital natural).

Este punto es muy relevante ya que retoma un debate muy presente en la actualidad alrededor de la idea de desarrollo. Desde mediados del siglo XX, a partir de la Doctrina Truman, el desarrollo entendido como un proceso lineal se instaló como paradigma hegemónico, donde el objetivo central se encontró en aumentar la productividad permanentemente. Si bien como señala el autor esto permitió mejorar la calidad de vida de las poblaciones durante el periodo de estudio, las consecuencias para el ambiente presentaron serias dificultades. América Latina no está exenta de dicho debate ya que, desde el comienzo de la época colonial, se incluyó dentro de la división internacional del trabajo como proveedora de bienes primarios o básicos. Esta situación le implicó el desenvolvimiento de un modo de acumulación extractivista, repercutiendo en una extracción muy intensa de sus recursos naturales haciendo insostenible el sistema. Sin embargo, creemos importante mencionar que el problema radica en la forma que la actividad humana se relacionó con la naturaleza, ya que esta fue destructiva y no tuvo en cuenta la capacidad reproductiva del entorno. De este modo, han aumentado las críticas frente a la contribución a la contaminación ambiental y al calentamiento global de las sociedades industrialistas con la emisión de gases y liberación de desechos. Por ello, los países no-industrializados demandan un trato diferencial frente a las medidas de preservación del ambiente que les permita acceder a niveles de desarrollo a los que accedieron los países centrales en el pasado perjudicando al ambiente y aumentando cada vez más la desigualdad internacional que será objeto de análisis del tercer capítulo.

Dentro del capítulo "La lenta desconcentración del poder y de la propiedad", el autor se centra en la distribución de la propiedad marcando su diferencia analítica con la renta. Mientras que esta última hace referencia a lo que se gana en un periodo de tiempo determinado, la propiedad es todo aquello que se posee en un momento dado. Este punto es uno de los temas centrales del análisis del autor, ya trabajado en otras publicaciones. La relevancia de marcar esta diferencia que señala Piketty radica en que podemos observar como las ciencias sociales no destinaron los mismos esfuerzos por describir y caracterizar a las clases ricas, como lo han hecho con los sectores subalternos. Por ello, existen en la actualidad pocas investigaciones donde se involucren a los sectores económicos dominantes ignorando la capacidad que tienen para definir, impulsar o vetar políticas públicas. A su vez, existe también una insuficiencia de fuentes disponibles para un análisis alternativo a los ingresos, implicando profundas limitaciones que den cuenta de los patrimonios y de rentas que no deriven de fuerzas laborales.

Frente a este desafío, para llevar adelante el análisis Piketty divide a la sociedad en tres grandes grupos. Al 50% más pobre de la población lo denomina "clases populares", al siguiente 40% "clases medias" y al 10% más rico "clases altas". A su vez, a esta última categoría la subdivide entre "clases dominantes" (el 1% más rico) y "clases acomodadas" (el 9% restante). Bajo esta categorización, y haciendo uso de datos estadísticos (fundamentalmente franceses), concluye que la propiedad del 1% más rico se redujo ligeramente luego de la Revolución Francesa manteniéndose en niveles astronómicos durante el siglo XIX. Luego, a lo largo del siglo XX se observa una fuerte desconcentración de la riqueza hasta la década de 1980, donde vuelve a incrementarse, pero lentamente. Asimismo, observa que no todos los sectores sociales concentran el mismo tipo de propiedad: mientras las clases medias concentran principalmente viviendas entre sus propiedades, las clases altas diversifican más su tenencia. En este sector se observa una relación proporcional donde a mayor riqueza existe mayor cantidad de propiedad de bienes profesionales y activos financieros en proporción al total de su riqueza. Ahora bien, ¿quién ganó y quién perdió en esta "lenta desconcentración" de la propiedad? Siguiendo el estudio del autor se evidencia la emergencia de una clase media patrimonial. Mientras que la propiedad del 1% más rico se redujo a más de la mitad entre principios del siglo XX y principios del siglo XXI, la reducción de la desigualdad ha beneficiado al 40% de la población situado entre el 50% más pobre y el 10% más rico. Hasta principios del siglo pasado, no existía una verdadera clase media en tanto que este 40% era casi tan pobre como el 50% correspondiente a las clases populares. Sin embargo, como consecuencia de las guerras, de las crisis económicas y, fundamentalmente, del resultado de las políticas sociales y fiscales aplicadas durante el siglo XX, surgió esta "clase media

patrimonial" formada por personas que no son inmensamente ricas pero que están lejos de ser absolutamente pobres. Creemos importante resaltar que el autor aclara que, a pesar de esta reducción en la desigualdad, la concentración de la propiedad sigue siendo extremadamente alta y no hay que sobreestimar la magnitud de la evolución hacia la igualdad.

Por ello, es central comprender el rol que se le asigna a la fiscalidad progresiva en la redistribución registrada en buena parte del siglo XX. Piketty ya ha señalado en su libro "El capital del siglo XXI" (2014) que los impuestos no son únicamente un asunto técnico, sino fundamentalmente herramientas de discusión política y filosófica, ya que un sistema tributario progresivo sobre los patrimonios individuales permite al interés general retomar el control del capitalismo. El autor es uno de los intelectuales más reconocidos en plantear la necesidad de impulsar sistemas tributarios progresivos.

Ahora bien, el libro se encarga de señalar que la propiedad también se encuentra concentrada en determinadas naciones dando lugar a una estructura de la economía mundial desigual, donde la mayoría del planeta es situada en una posición periférica de manera duradera. Del análisis de esta construcción desigual se tratará el tercer capítulo que lleva el nombre "El legado de la esclavitud y el colonialismo", ya que entiende que ambas características desempeñaron un papel central para que Europa y Estados Unidos hayan conseguido alcanzar su posición de dominio mundial. En primer lugar, el autor considera que debe tenerse en cuenta la importancia de la dominación militar y colonial y las innovaciones tecnológicas y financieras que se derivaron de ella. El aumento de explotación de los recursos naturales de las colonias fue indispensable para que sea posible llevar adelante la revolución industrial. Del mismo modo, es necesario tener en cuenta la explotación de esclavos en este periodo, ya que funcionó como la mano de obra necesaria para dicha industrialización. Finalmente, Piketty indica que el proteccionismo ha jugado un rol central no solo en el ascenso de Europa, sino también en casi todas las experiencias exitosas de desarrollo económico de la historia. Ese es el caso de Japón desde finales del siglo XIX, Corea o Taiwán desde mediados del siglo XX o China desde finales del siglo XX y principios del XXI. Es interesante la discusión ya que señala que los países desarrollados pretenden imponer al resto del globo políticas contrarias a aquellas que han utilizado para alcanzar sus propios progresos económicos y técnicos. De esta forma, lo único que puede conseguirse es la perpetración de un sistema económico internacional profundamente desigual.

Si bien es cierto que el fin de la esclavitud y el colonialismo significó un paso crucial para la historia de la igualdad que desarrolla Thomas Piketty en su libro, las consecuencias de dicho periodo arrastran la desigual distribución de la riqueza tanto

al interior de las naciones como entre ellas. Por ello, el autor en "La cuestión de las reparaciones" plantea la necesidad de establecer reparaciones económicas explícitas o reformas que modifiquen aquella huella colonial y esclavista del pasado. Una vez declarada la abolición de la esclavitud se pagaron importantes compensaciones económicas a los propietarios de los esclavos en forma de indemnización en función de la edad, el sexo y la productividad de estos. Es decir, los esclavos liberados quedaban sin tierras ni riquezas para subsistir y aquellos que los habían explotado eran indemnizados. No sorprenderá entonces encontrar en la actualidad a los descendientes de los primeros entre las clases populares y a los descendientes de los últimos ocupando espacios dentro de las clases altas.

En consecuencia, el autor agrega a la desigualdad entre las naciones una desigualdad al interior de estas, heredada de su estructura social. Es una postura novedosa e interesante ya que en tanto la desigualdad actual radica en una injusticia del pasado, lo que encontramos es una deuda de aquellos sectores privilegiados para con los más desfavorecidos.

Del mismo modo, Piketty desarrolla el caso emblemático de la deuda haitiana. Una vez que Francia reconoce la independencia de Haití en 1825 (más de veinte años después de haberse proclamado en la isla) y pone fin a la amenaza de invasión, obliga al gobierno haitiano a pagarle 150 millones de francos oro (más del 300% de la renta de Haití para entonces) para compensar a los propietarios de los esclavos por las pérdidas de sus propiedades. La deuda tardó más de un siglo en ser extinguida, a principios de la década de 1950, condicionando para siempre el desarrollo de la isla. Siguiendo este razonamiento, el autor considera inevitable el reembolso de dicha deuda al pueblo haitiano permitiéndole inversiones en infraestructura y desarrollo.

Siguiendo con esta intención de echar luz a aquellas continuidades en materia de desigualdad a lo largo de la historia, en el quinto capítulo ("Revoluciones, estatus y clase") podemos observar el sostenimiento de una plutocracia a pesar de las importantes transformaciones. Piketty a través de diferentes casos nacionales, (como el francés, el inglés o el sueco) desarrolla los regímenes censistas previos a la Revolución Francesa, pero que se sostuvieron en otros países o mutaron hacia otras formas sin modificar sustancialmente la importancia del dinero en los procesos electorales o en la toma de decisiones. En ese sentido, si bien la nobleza perdió sus privilegios fiscales, políticos y jurisdiccionales, siguió conservando una posición privilegiada como clase propietaria. El autor menciona que, por ejemplo, las propiedades eclesiásticas (que representaban casi el 25% del total de las tierras) si bien fueron nacionalizadas sin compensación, en lugar de redistribuirlas entre los campesinos sin tierras fueron subastadas a terratenientes y burgueses. Por ello, concluye que la Revolución Francesa suprimió los privilegios de la nobleza y reforzó

los derechos de los propietarios, al tiempo que el resultado fue ambiguo para todos aquellos que no poseían nada. En la actualidad, los multimillonarios ya no se atreven a pedir el derecho al voto (en la mayoría de los casos), sin embargo, utilizan otros métodos para conseguir los mismos fines. Piketty señala la participación de las inversiones en campañas electorales (incluso atribuyéndoseles una reducción impositiva), la financiación de organismos de formación de opinión como los medios de comunicación y los *think tanks* y, fundamentalmente, en el poder económico. Si hay un ámbito en el que sigue reinando el voto censitario es en las sociedades anónimas donde los derechos a voto son proporcionales al número de acciones que poseen.

Como hemos mencionado, las clases económicamente dominantes tienen capacidad de influir en diversas definiciones políticas. Por ello, es necesario entonces, siguiendo al autor, redistribuir no solo la riqueza sino también la propiedad para democratizar la sociedad. No es suficiente una democracia electoral, donde cada persona tiene un voto, dentro de una estructura económica tan desigual.

La historia global, y principalmente la de la igualdad, parece cambiar en el siglo XX. Entre 1914 y 1980 las desigualdades de renta y de propiedad se redujeron en todo el mundo. Sobre cómo se desarrolló ese periodo se trata el capítulo “La gran redistribución (1914-1980)”, centrándose en el caso de los países occidentales. El factor que Piketty entiende como decisivo fue la formación del Estado social y el desarrollo de una fiscalidad muy progresiva sobre la renta y las herencias. Por un lado, podemos observar que en los principales países europeos el aumento de ingresos durante el siglo XX se explica casi en su totalidad por el aumento en la inversión en sanidad, pensiones y otras transferencias. Del mismo modo, no es menor prestar atención a la forma en la que los Estados consiguieron los recursos necesarios para llevar adelante este aumento del gasto social. Hasta principios del siglo XX casi todos los sistemas fiscales del mundo eran regresivos en el sentido de que se basan en impuestos al consumo e indirectos. Sin embargo, tanto las crisis económicas y bélicas como la amenaza socialista y comunista demostraron al mundo la necesidad de retomar el control del capitalismo. Esta alta progresividad puede entenderse como exitosa en tanto no solo logró reducir la desigualdad y la concentración de la renta y la propiedad, sino que también alcanzó una fuerte aceptación colectiva frente a una mayor presión fiscal y socialización de la riqueza. Asimismo, el autor señala que durante el periodo de análisis del capítulo no puede entenderse la reducción de la desigualdad como único éxito de la progresividad fiscal. A partir de los datos disponibles, concluye que la aplicación de la fiscalidad progresiva no sólo no desalentó la innovación y el aumento de la productividad, sino que por el contrario favoreció el crecimiento económico de los países. Por un lado, los altos impuestos (como los

tipos del 80 o 90%) desalentaron la imposición de remuneraciones astronómicas de altos ejecutivos liberando recursos para inversión y los salarios más bajos. Por otro lado, se comprobó la importancia en el aumento de la educación para el desarrollo.

Ahora bien, efectivamente este proceso hacia una mayor igualdad se frustró a partir de la década de 1980 debido al papel nocivo jugado por la liberalización financiera y la libre circulación de capitales. Por ello, Piketty dedica los últimos capítulos del libro a desarrollar diagnósticos actuales y esbozar posibles soluciones. Encontramos aquí, al igual que a lo largo del libro, mucha audacia académica y política tanto por el esfuerzo argumental para la descripción de la historia y la actualidad, como por los proyectos políticos que el autor entiende como necesarios. Se insertan de este modo y con mucha fuerza determinados debates alrededor de una forma específica de gestión pública.

Señalando cómo los Estados han establecido diferentes marcos jurídicos donde los agentes económicos adquirieron un derecho casi sagrado a enriquecerse utilizando las infraestructuras públicas y las instituciones sociales (como los sistemas educativos o las asistencias sanitarias) de un país y a partir de las lecciones del periodo anterior, el autor en “Democracia, socialismo y fiscalidad progresiva” expone algunas propuestas tentativas frente al desafío actual enmarcadas en lo que denomina un socialismo democrático, autogestionado y descentralizado. Asimismo, a lo largo del octavo capítulo (“La igualdad real contra la discriminación”) el economista se centra en la discriminación social y racial y sus consecuencias en el acceso a la formación y el empleo. Considera que para lograr una verdadera igualdad es necesario desarrollar procedimientos que permitan combatir la desigualdad social, étnico-racial y de género. Para ello, propone diferentes mecanismos de discriminación positiva que van desde el establecimiento de cuotas para la inclusión en el sistema educativo con criterios sociales objetivos (como los ingresos parentales, el nivel de estudios o la riqueza) a la paridad de género tanto en cargos políticos como en las direcciones de las empresas privadas.

Las desigualdades al interior del sistema económico mundial (fundamentalmente entre el norte y el sur) es el tema del capítulo “Salir del colonialismo”. El autor indica que las desigualdades mundiales siguen siendo extremadamente elevadas, arrastrando la huella del legado colonial, por lo que es necesario que los países pobres tengan derecho a una parte de la recaudación fiscal con origen en las multinacionales y multimillonarios de todo el mundo para permitir su desarrollo y un mínimo de igualdad en materia de salud y educación. Por ello, Piketty considera indispensable la realización de proyectos de desarrollo equitativos y de objetivos de justicia social con vocación universal. Finalmente, en el último capítulo titulado “Hacia un socialismo democrático, ecológico y con mestizaje social”,

Thomas Piketty concluye su análisis comprendiendo que la marcha hacia la igualdad es incierta pero que se construirá a partir de una lucha que continuará en el siglo XXI a partir de la experiencia de luchas pasadas. En ese sentido propone una búsqueda de coaliciones internacionalistas capaces de acelerar la transición hacia el federalismo socialista y democrático.

En resumen, el autor a lo largo de la obra afirma que si bien percibimos nuestra actualidad como profundamente injusta, es mucho más justa que décadas o siglos anteriores en relación con el estatus jurídico, la propiedad de los medios de producción, el nivel de ingresos o de estudios, las diferencias de género y de etnia. Ahora bien, se evidencia que esta evolución hacia sociedades más igualitarias no solo no es un proceso pacífico ni se presenta como inevitable, sino que fundamentalmente no son lineales en tanto existieron periodos de aumento de la desigualdad (como ocurrió a partir de la década de 1980). Por ello, consideramos que el libro permite analizar el contexto de desigualdad en el que vivimos teniendo en cuenta una historia de larga duración y considerando la desigualdad como una construcción social y política frente a la que a las propuestas técnicas planteadas debe añadirse la voluntad política del cambio.

Referencias

- Piketty, T. (2014). *El capital en el siglo XXI*. Fondo de Cultura Económica
- Piketty, T. (2022). *Una breve historia de la igualdad*. Paidós.